

mal educada. Además, ¿podrá V. dominarse hasta el punto de no querer ver más á la adorable Clara? ¡Ah! amigo mío, usted que ama es feliz; V. es joven, llora, sufre, y es lo mejor que puede sucederle. A todos pasa lo mismo, créame V., crea á este viejo, que, como notario, ha recibido desde hace cuarenta años multitud de confidencias, y que en este momento sólo siente una cosa...

Con rostro animado y brillantes ojos iba Bachelín á hacer alguna declaración curiosa; pero su mirada se detuvo en Susana, que, escuchando atentamente, deshojaba una admirable rosa cogida por el Marqués en la terraza de Beaulieu. Detuvo el notario la frase en los labios, y dió un violento fustazo al jaco, que trotaba con la cabeza entre las patas.

—Créame V., amigo mío, y vuelva á casa de la Marquesa. Dentro de poco sufrirá la señorita Clara crueles penas, y acaso los acontecimientos modifiquen mucho su actitud respecto á V. ¡Ah! ya no dice usted «¡jamás!» Eso vamos adelantando. Mañana dirá V.: «¡siempre!» Hemos llegado á Pont-Avesnes. No entro con VV. porque voy á dar trabajo apremiante á mis empleados... Conque... buen apetito y mil felicidades.

Después de dar el último apretón de manos á Felipe y de besar galantemente la punta de los dedos á Susana, tomó por la

calle principal de la aldea y desapareció al volver la esquina de la plaza Mayor.

Felipe exhaló un suspiro, abrió la pequeña puerta del patio de entrada, é inclinada la frente, siguiéndole su hermana, que respetaba su silenciosa tristeza, entró en la casa de donde había salido dos horas antes con el corazón palpitante de esperanza.

VII.

El castillo de la Varenne es uno de los más bellos edificios feudales que quedan en Francia. Lo construyó Enguerrando de Estrelles, célebre por haber levantado en Bouvines al rey Felipe Augusto, que un piquero alemán derribó del caballo. Este castillo tuvo el honor que se hospedase dentro de sus muros el emperador Carlos V cuando iba al sitio de Nancy. Derribado á cañonazos por Turena en un ataque del ilustre Mariscal contra los imperiales, antes de empezar la sangrienta y salvaje campaña del Palatinado, continuó en ruinas durante los reinados de Luis XV y de Luis XVI.

La Revolución pasó impotente sobre aquellos escombros, porque ningún daño podía hacerse en ellos. Los ciudadanos de Besan-

con limitáronse á cortar leña para calentarse y á robar piedras para construir sus casas. Explotado como cantera, proporcionó el castillo materiales para más de veinte edificios, y un herrero de la comarca se llevó más de trescientos mil kilos del plomo procedente de los techos, y los vendió con el mayor descaro, proporcionándose de esta suerte una fortuna.

Los de Estrelles, que habían seguido al Conde de Artois en la emigración, no estaban en sus posesiones para reclamar contra aquellos robos. Se batían delante de Maguncia, y acuchillaban con el mismo ardimiento que nos hizo triunfar en Fontenoy á los húsares de Biron y á los granaderos de Pichegru. ¡Cosa extraña! Los robos organizados, en que el país entero era cómplice, salvaron á los de Estrelles de la ruina. El ayuntamiento de Besançon no pudo vender en ningún caso las posesiones de la Varenne como bienes nacionales, porque nadie quiso ponerse en lucha con aldeanos y campesinos, acostumbrados á tomar de ellas lo que querían como país conquistado.

En la época del Directorio, y gracias á la protección de Barras, volvieron á Francia los de Estrelles. Encontraron sus fincas saqueadas, pero no vendidas. Instaláronse en la casa de un guarda, á la que hicieron poner puertas y ventanas. Con los restos de su patrimonio cuidadosamente administrado

mientras duró el Imperio, reconstituyeron su fortuna, y en los primeros días de la restauración reaparecieron en París representando papel importante en el nuevo orden de cosas. Durante la monarquía de Julio, el último de Estrelles se casó con la hija del banquero Claudio Chretien, hecho barón recientemente por servicios pecuniarios prestados á la Casa Real. Su hija llevó en dote doscientas mil pesetas de renta.

El aristócrata era por demás aficionado á las antigüedades, é hizo reconstruir á todo coste el castillo de la Varenne en la misma forma que tenía en la época de su esplendor. Eleváronse de nuevo sobre los corpulentos árboles del parque los altos muros con terrazas almenadas y las soberbias torres con caprichosas gárgolas talladas. El trabajo de reconstrucción duró diez años, y costó inmensas sumas.

Restablecióse el mobiliario con exquisito gusto, y adelantándose á la moda compró el señor de Estrelles magníficos muebles antiguos, espejos con espléndidos marcos, puertas y ventanas de iglesias, verdaderas obras maestras de los tallistas de la Edad Media, y maravillosos tapices de Flandes; convirtiéndose la Varenne en un verdadero museo, donde estaban acumuladas todas las riquezas artísticas de la provincia, desdeñadas entonces y que hoy se buscan con tanta afición. Esta espléndida morada fué un pa-

raiso para el apasionado coleccionador, que enterró en ella tesoros.

Al morir dejó el señor de Estrelles la magnífica finca completamente arreglada á su hijo, joven teniente de guías, provisto ya de consejo de familia. A los cuatro años la posesión de la Varenne estaba ya hipotecada por las dos terceras partes de su valor, y las inestimables colecciones de objetos de arte iban á ser llevadas á París para venderlas en pública subasta, cuando se presentó el señor Moulinet como comprador de la finca.

Persistiendo en su proyecto de enlace de su hija con el Duque, pensó primero el industrial en comprar la posesión de Bligny en Turena; pero el castillo patrimonial de su yerno, después de cambiar varias veces de propietario, había caído en manos de un rico fabricante de porcelanas de Blois, que desdennó las tentadoras ofertas de Moulinet. A falta de Bligny, el padre de Atanasia se decidió por la Varenne, y bien pensado, alegróse mucho del cambio.

La proximidad á Beaulieu le sedujo, creyendo que de esta suerte viviría en familia, y que las relaciones de vecindad llegarían á ser muy agradables. Fiel ejecutor Moulinet de los tenebrosos cálculos de su hija al elegir esposo, no comprendía toda la extensión de la perfidia de Atanasia, aunque sí esperaba encontrar de parte de los parientes del Duque alguna resistencia á sus familiarida-

des, porque al fin Gastón había sido prometido esposo de su prima; pero con admirable independencia de espíritu, creía el ambicioso padre que esta promesa de matrimonio fué grato juego de niños. Gastón y Clara habían sido maridito y mujercita á la edad en que el corazón ignora lo que siente y el entendimiento carece de dirección, y no admitía Moulinet la posibilidad de que fuera consecuencia de estos compromisos contraídos al empezar la vida el profundo cariño, por lo menos, de uno de los contrayentes.

El mismo se vió ligado por infantiles promesas con una hija de trece años de un ebanista de la calle de la Herrería, cuando era dependiente en casa de un droguero de la calle de los Lombardos. La hija del ebanista, completamente olvidada por él, se casó con un carnicero de la plaza de los Inocentes; y recordaba haberla visto gruesa y roja, arremangados los brazos y cubiertos los hombros con una manteleta de astracán, pesando chuletas en una gran balanza de cobre, mientras él había llegado á ser millonario y habitaba un palacio admirable en el bulevar Malesherbes. ¿Qué relación podía haber entre un miembro del Tribunal de Comercio y aquella carnicera de reluciente salud? La vida se había encargado de contener sus locas aspiraciones, y al separarles puso á uno y otra en su verdadero lugar.

¿No sucedía acaso lo mismo con la señorita de Beaulieu y el Duque?

Unidos, estaban deplorablemente condenados á común medianía, y separados, cada cual de ellos procuraría tener un porvenir más brillante. Casado el Duque, no faltaría á Clara un enlace digno de ella, y Moulinet pensaba ayudarle para ello con todas sus fuerzas.

Además dominaba en su ánimo un argumento superior á todos: el de querer ejecutar su voluntad. Había encontrado en el Duque de Bligny el yerno que le convenía, y un hombre como él, que había violentado la fortuna, no se privaría de hacer lo que quisiera. Decidió que su hija fuera duquesa; preciso era que lo fuese, é iba á serlo.

El castillo de la Varenne halagaba además, por sus grandiosas dimensiones, la vanidad de Moulinet. Las torres almenadas, las garitas, la solemne campana que daba gravemente las horas, entusiasmaron á aquel advenedizo. Hinchado de vanidad, el rico comerciante creía encontrarse en su centro al entrar en la espaciosa sala de guardias que tenía pintados en las paredes los blasones de todos los aliados por casamiento con la antigua familia de los Estrelles. Moulinet tuvo la imprudencia de instalarse en la habitación restaurada con escrupulosa exactitud donde había dormido Carlos V.

Con sin igual satisfacción acostóse el mer-

cader en el mismo sitio que el vencedor de Pavía. Habiendo oído á los sirvientes del castillo llamar á aquella estancia la habitación del Emperador, y olvidando que había sido recientemente restaurada y amueblada, se figuró que el piso y las paredes entre las cuales vivió el grande hombre algunas horas eran los mismos que él veía, y decidió habitar en ella. Su plebeya persona dormía á pierna suelta en la cama de columnas, majestuosamente puesta sobre un entarimado y adornada con colgaduras de punto de Venecia. Frecuentemente decía con énfasis: «Mi reloj lo ponía en hora antiguamente Carlos V,» creyendo con la mayor sinceridad que el grande Emperador había pasado toda la vida arreglando relojes, como lo hizo últimamente en Yuste para distraer el aburrimiento que consumía su vasta inteligencia.

Menos accesible Atanasia á los goces del orgullo satisfecho, sólo vió en el castillo una amenazadora fortaleza desde donde podría anonadar á su enemiga. La mayor ventaja que la Varenne tenía á sus ojos, era la de ostentar sus orgullosas y espléndidas torrecillas á dos leguas cortas de Beaulieu. Desde allí dominaba la situación, y podría con completa seguridad escoger el momento de herir sobre seguro á la que odiaba con toda su alma.

Desde el día inmediato á su instalación, verificada tan pronto como se hizo la com-

pra, procuró con habilidad adquirir detallados informes, y supo que la Baronesa estaba con Clara; pero un adversario más no la intimidaba, al contrario, regocijábale la idea de triunfar de la orgullosa señorita de Beaulieu á la vista de la señora de Prefont.

Hacia ya tres días que Moulinet y Atanasia habitaban en el castillo. Después de recorrer detenidamente muchas veces el parque, las huertas y todas las habitaciones, el comprador de la Varenne empezaba ya á aburrirse extraordinariamente en su finca, cuando un despacho, llevado por un peatón desde la estación inmediata, le anunció la llegada del Duque, á quien no esperaba tan pronto.

Esta noticia contrarió mucho á Atanasia, porque temió que el Duque impidiera la realización de sus proyectos. Era natural que Gastón procurase no ofender las legítimas susceptibilidades de su familia, y que cuanto intentase la señorita Moulinet para herir á Clara tropezara forzosamente con la terminante oposición del Duque. Resolvió, pues, Atanasia hacer lo que deseaba antes de que Bligny pudiera coartar su libertad. Aquel mismo día á las tres de la tarde debía llegar á la Varenne su prometido esposo. No podía, pues, perder ni un minuto.

Aun arrugaba Moulinet el despacho en su mano paseando por la magnífica terraza á la francesa que hay delante de la fachada del

castillo, cuando su hija, vestida con un precioso traje, se acercó á él, disfrazando con aparente indiferencia la energía de sus resoluciones.

—¿Sabes, papá, que necesitamos ir hoy mismo al palacio de Beaulieu?—dijo con apacible sonrisa.

—¿Y por qué hoy?—preguntó Moulinet sorprendido.—El Duque va á llegar. ¿No es mejor esperarle? Bajo sus auspicios se nos recibirá allí mucho mejor, y él mismo nos presentará á su familia.

—Pues precisamente eso es lo que debemos evitar,—replicó Atanasia con mirada tranquila.—Entre Clara de Beaulieu y yo no se necesita ningún intermediario, y con justo motivo podría ofenderse si no fuera yo misma quien le notificara mi matrimonio. Además, y dicho sea entre nosotros, la posición de Bligny es un poco violenta, y creo que nos agradecerá evitarle las dificultades de la primera entrevista. Fijada claramente la situación, no le es ya posible recordar antiguos sentimientos, y todo marchará perfectamente. ¿Supongo que no temes ser mal recibido?

—¡Mal recibido!—exclamó Moulinet enderezando su cuerpo cuanto pudo y metiendo resueltamente las manos en los bolsillos del pantalón.—Un hombre de mi posición, un antiguo miembro del Tribunal de Comercio, no es mal recibido en ninguna parte. Si

no tuviéramos un Gobierno que nada vale ni significa; si hubiera una corte en las Tullerías..., ó en cualquier otra parte, entraría en ella como en mi casa: sábelo, hija mía. ¡Mal recibido! ¡Y por gente que apenas tendrá sesenta mil pesetas de renta! ¡Tendría que ver! Espérame un momento. Voy á mandar que enganchen el carruaje de gala, y que cochero y lacayo se pongan también las libreas de gala.

—No, papá,—interrumpió Atanasia;— que vistan de diario, y vamos en una victoria. No hay que echarla de ricos. Cuanto más lo seamos, más modestos debemos aparecer. Se burlarían de nuestro lujo y aplaudirán nuestra modestia.

—¿De veras?—preguntó Moulinet con acento de pesar.—Yo creía que el calzón corto y la media de seda producirían algún efecto; pero me someto á tu opinión, porque eres una joven de buen gusto y conoces las costumbres de la alta sociedad... Prepárate, que voy á mandar que enganchen.

Un cuarto de hora después iban Atanasia y su padre en una victoria al trote de dos vigorosos caballos y en medio de una nube de polvo por el camino de Pont-Avesnes.

Olvidando las resoluciones tomadas en un instante de desaliento, había vuelto Felipe al palacio. A decir verdad, no le permitió el Barón encerrarse en el aislamiento. Arrastrado este imitador de Luis XVI por su pa-

sión á las artes mecánicas, al día siguiente de la visita que había hecho Felipe á Beaulieu, llegó muy de mañana á la ferrería, quitóse la levita, se arremangó, y púsose en tal estado, que Felipe tuvo que darle traje para mudarse, obligándole á que se quedara á almorzar con él.

Después de esto, ¿había medio de no acompañarle á Beaulieu? Se dió á sí mismo Felipe tan buenas razones para excusar su debilidad, que volvió á ver sin desagrado la terraza donde el día anterior pasó dos horas tan angustiosas. Clara se mostró tan fría é indiferente como en la primera entrevista; pero la desdeñosa y altiva actitud de la joven, en vez de desconcertar esta vez al dueño de la ferrería, le irritó, y cuanto más afectaba la señorita de Beaulieu no hacerle caso, mayor empeño tuvo en que se ocupara de él.

Era la Marquesa una de esas mujeres felices, á quienes la naturaleza ha dotado de perfecta igualdad de humor. Como se la veía la víspera se la encontraba al día siguiente, y desde el primer instante le agradó Felipe. La opinión que de él había formado, nunca debía cambiar. Acogióle, pues, con su habitual afabilidad, tratándole con franqueza.

Curiosa de conocer el carácter del que antes de verla creyó sería una especie de cíclope, lució la Baronesa con el Sr. Derblay todas las gracias de su frívola é inquieta

imaginación. Parecióle Felipe amable sin esfuerzo, é interesante sin pretenderlo. Declaró, pues, que era un hombre tan sólido moral como físicamente, y le inspiró grande estimación.

El Marqués, por su parte, encontró en Susana gratísima compañera, jugando con ella empeñadas partidas de billar inglés y de trompo holandés, en las cuales las personas formales no desdeñaban tomar parte algunas veces.

El mismo día en que Moulinet y Atanasia se pusieron en camino para ir á Beaulieu jugaban una gran partida de volante la Baronesa, Octavio, Susana y el Barón. El campo de batalla estaba situado entre las habitaciones de la servidumbre y la verja de entrada, en medio del gran patio del palacio. Por los abiertos balcones del salón, la Marquesa y Clara, indiferentes á la lucha, oían los golpes de pala y las alegres exclamaciones de los jugadores cuando un paleatazo, hábil ó torpe, daba la victoria á alguno de los contrincantes. Felipe y Bachelín, nombrados árbitros de la partida, seguían con la vista la marcha de los volantes, y cuando se suscitaba alguna duda medían gravemente las distancias con una regla.

El concienzudo y atento arbitraje iba á declarar la victoria en favor del Barón y de Susana, cuando la brusca parada de un carruaje delante de la verja distrajo la atención

de los jugadores y les hizo olvidar por un momento el interés de la partida. En aquel instante la campana de la entrada, vigorosamente movida por un criado, no dejó duda á los habitantes del palacio de que llegaba una visita.

Como bandada de pájaros espantados, huyeron los jugadores, subieron la escalinata y entraron en el salón, á la vez que un criado entregaba una tarjeta á la Marquesa. Tomó ésta su lente, miró el pedazo de papel bristol, y levantando la cabeza, muy admirada, pronunció las siguientes palabras: «¡El señor y la señorita Moulinet!»

Todos quedaron silenciosos, como presintiendo algún grave suceso. La Baronesa fué la primera que se repuso, y chocando sus manos, dijo:

—Me parece demasiado atrevimiento.

—¿Qué quieren de nosotras esas gentes?—preguntó con tranquilidad la señora de Beaulieu.

Viendo que nadie contestaba, tomó Bachelín la palabra y dijo.

—Dios mío, señora Marquesa, es probable que el señor y la señorita Moulinet, recién venidos á esta comarca, hayan creído oportuno hacer algunas visitas de buena vecindad. Esta es, como V. sabe, la costumbre, y natural y justo parece que hayan empezado por venir al palacio, siendo la familia de Beaulieu una de las más impor-

tantes y antiguas de la provincia. Además, ¿no pretende el Sr. Moulinet que su hija conoce desde ha largo tiempo á la señorita Clara? Pues todas estas razones explican su visita.

—Supongo, tía,—exclamó la Baronesa con impetuosidad,—que no va V. á facilitar la familiaridad de Moulinet. ¿Qué puede haber de común entre V. y ese ordinárisimo personaje? En cuanto á su hija, le aseguro que es la niña más maligna que hay en el mundo. Esos advenedizos imaginan que van á procurarse relaciones como han adquirido un castillo, por la gracia de su dinero. No sea V. débil, tía mía; no consienta V. en esa tentativa de invasión.

—Creo, querida,—contestó fríamente el Barón,—que tu tía sabe lo que debe hacer sin necesidad de tus consejos.

La Marquesa movió la cabeza titubeando. Estaba visiblemente contrariada, porque á su natural indolencia inspiraban horror las complicaciones y las dificultades. Dirigiéndose á su hija, que, como si no le importara nada aquel debate, permanecía inmóvil y silenciosa:

—Clara,—dijo,—¿qué crees tú que debemos hacer?

—Por Dios, mamá,—respondió la joven con calma,—me parece difícil negar la entrada al señor y á la señorita Moulinet. Se necesita para ello un pretexto. ¿Cuál? ¿Que

estamos ausentes? pues desde su carruaje han podido ver á estas señoras y estos caballeros jugando en el patio, y á nosotras mismas que estábamos en el balcón. Decirles que no recibes, es contestar con una grosería á un paso que, en suma, es muy cortés. ¿Sería tal proceder digno de nosotros? No lo creo. Es, pues, preciso recibirles y, sufrida la visita, no devolverla. ¿No opinas como yo?

—Sí, hija mía; tienes razón; eso es lo que debemos hacer. Dí, Octavio, que recibimos.

Un momento después el señor y la señorita Moulinet entraban en el gran salón del palacio de Beaulieu.

Todas las mujeres tienen algo de comediantas. A pesar de su viva emoción y de los fuertes latidos de su corazón, evitó Atanasia con una audaz maniobra el natural embarazo de la primera entrevista. Con ojos brillantes, la sonrisa en los labios y alargando las manos á la señorita de Beaulieu, se acercó á ella y la abrazó, exclamando atrevida:

—¡Ah, hermosa Clara, qué feliz soy al verte!

La admiración que este arranque causó á la señorita de Beaulieu fué tan grande, que á pesar de su habitual serenidad no encontró palabras que responder. Mientras tanto, Atanasia, aprovechando el resultado de su

audacia, volvióse hacia la Marquesa, y saludándola con una deferencia y una modestia perfectas, dijo:

—Es grandísima dicha para mí, señora Marquesa, reanudar la amistad con la señorita de Beaulieu. Desde que la conozco, y hace ya bastante tiempo,—añadió dirigiendo á Clara afectuosísima sonrisa,—mi regla de conducta ha sido imitarla, pues creo difícil encontrar modelo más perfecto.

—¿Imitarme solamente?—dijo Clara con tranquilidad.—Eres muy modesta.

—Y es la primera vez que eso te ocurre,—murmuró la Baronesa adelantándose.

Viendo á la señora de Prefont, la alegría de Atanasia no tuvo, al parecer, límites; pero no se atrevió á arrojarle en brazos de la caprichosa Sofía, porque habiendo salido en otras ocasiones bien arañada de sus pequeñas manos, creyó oportuno no intentar públicamente la aventura. ¿Quién podía saber si aquella loca sería capaz de hacerle alguna de esas trastadas que echan por tierra en un momento el andamiaje de proyectos mejor construido, y rompen de un tirón todos los hilos de la trama mejor urdida? La prudente Atanasia limitóse á una gran reverencia que hizo sonar sus brazaletes, y disimuló esta frialdad relativa con calurosas protestas de cariño. La presencia de su querida de Hennecourt era doble felicidad para ella.

No habiendo sido invitada á la boda.

afectó no saberla, y llamó á Sofía señorita. Para evitar este astuto equívoco, presentó la Baronesa su marido á Atanasia, quien, con una bonita frase, felicitó al señor de Prefont de haber escogido tan agradable compañera.

Maniobrando en aquel campo de batalla sembrado de obstáculos y emboscadas, con la habilidad y aplomo de un gran táctico, la señorita Moulinet paralizó á sus adversarios por su audacia, admiró á su padre por su serenidad, y dió á todos gran prueba de su inteligencia. Sofía y Clara vieron en ella una enemiga mucho más temible de lo que pudieron prever.

Se había desarrollado aquella muchacha en dos años de una manera admirable, llegando á ser muy bonita. Algo pequeña y con tendencia á engruesar, que le prestaba una languidez engañosa, pero seductora, tenía los cabellos negros como el azabache, y los ojos, azules, muy expresivos. Sus manos con guantes de Suecia que le subían hasta el codo, cubriendo en parte las mangas del vestido, y sus pies, que dejaba ver la corta falda, demostraban, por el tamaño y la forma, su origen plebeyo. Atentamente examinada, se la veía un poco vulgar, pero al pronto parecía agradable.

Mudo por el éxtasis, decía para sí Moulinet que su hija era seguramente persona de superiores condiciones é incontestablemente

nacida para ser duquesa. El exceso de la admiración enterneció á Moulinet, pensando que si su pobre difunta viera á Atanasia quedaría sorprendida y entusiasmada. Esta emoción conyugal produjo lágrimas al antiguo miembro del Tribunal de Comercio, y para disimular su enternecimiento sacó un pañuelo tan grande como una servilleta y se sonó las narices ruidosamente.

Una terrible mirada de Atanasia recordóle dónde estaba, y le hizo comprender que en aquella sociedad se debía hacer todo con moderación.

Dirigiéndose entonces á la Marquesa con los brazos arqueados y apoyando el sombrero sobre el corazón:

—La señorita de Beaulieu y esta señora—dijo designando á la Baronesa—han sido condiscípulas de mi hija en el Sagrado Corazón. Siempre me felicité, y ahora más que nunca, de haber puesto á Atanasia en este colegio, que es, sin disputa, el mejor de París. Las jóvenes reciben en él educación esmeradísima y adquieren relaciones muy provechosas.

Sonrió la Marquesa, y mirando con altivez á Moulinet:

—Ya lo advierto,—contestó con acento de ironía, que no comprendió el industrial, pero que hizo palidecer de impotente rabia á Atanasia.

—En cuanto á mí,—continuó Moulinet

animándose,—confieso que me conmueve, señora Marquesa, el favor que me hace permitiéndome ofrecerle mis respetos. Deba tributárselos por varias razones: en primer lugar, como recién llegado á esta comarca, donde acabo de comprar una finca...

La Marquesa echó una ojeada á Bachelin, y el notario hizo un gesto que significaba «¿qué le había á V. dicho?» la señora de Beaulieu respondió con un movimiento de cabeza, que quería decir «tiene V. razón.»

—Una finca muy importante,—añadió Moulinet desconcertado por el mudo coloquio de la Marquesa y el notario.—La Varrenne... de los Estrelles. Yo no tenía ningún empeño; pero mi hija, que es muy entendida, me ha hecho comprender que con una gran fortuna como la mía, debía tener una posesión territorial. Además, permítame V. decírselo, señora Marquesa, en cuanto á opiniones soy liberal, pero respecto á relaciones, comprendo que la aristocracia...

Y al decir esto Moulinet, se sobaba las solapas de su chaleco blanco á estilo del siglo xviii, mirando á su alrededor con atrevida sonrisa. Todos los presentes quedaron estupefactos, y la necedad monumental del antiguo miembro del Tribunal de Comercio anonadó á Atanasia, quien sin fuerzas para remediarla dejóse caer en una butaca, exhalando un suspiro. Mostró en esta ocasión la Marquesa el exquisito buen gusto de una

Jueña de casa que conoce sus deberes y la disimulada impertinencia de una verdadera gran señora.

Sin querer que Moulinet advirtiese la severidad con que se les juzgaba, no renunció, sin embargo, á la satisfacción de dirigirlle algunos finos epigramas, representando para los que podían comprender la situación una preciosa comedia.

—Crea V., caballero,—dijo á Moulinet,—que me conmueven mucho sus sentimientos expresados con tan franca naturalidad. Son dignos de un hombre que ha conquistado por su inteligencia la posición que usted tiene.

Encantado Moulinet por la respuesta, y no viendo en ella malicia, creyó que la Marquesa era verdaderamente una buena mujer, y se prometió demostrarla particular afecto. Hecho ya el conocimiento, juzgó fácil la intimidad.

—¡Así soy yo!—exclamó con expansión;—y si gusta á V. mi carácter, señora Marquesa, creo que nos serán agradables las relaciones de vecindad.

Exasperada la Baronesa, y no pudiéndose contener, se levantó, llevó á Felipe al hueco de un balcón, y se desahogó, murmurando:

—¡Pero ese hombre es un monstruo!

Moulinet, por su parte, viendo que producía impresión, y sin darse cuenta de si era buena ó mala, continuó con desenfado:

—La finca de la Varenne es muy importante. ¿Sin duda conocerá V. el castillo? Yo habito la estancia donde durmió el emperador Carlos V, según me han dicho: sí, señora Marquesa; duermo en lecho imperial.

Y con ademán de modestia, añadió:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡No por eso soy orgulloso!

Esta vez no pudo reprimirse Atanasia. Vió que su padre acababa de comprometer en pocos momentos el éxito de sus proyectos, y levantándose bruscamente, con el rostro alterado, aviesa mirada, labios contrahidos y voz adusta, dijo:

—Suplica, papá, á la señora Marquesa que te enseñe la admirable terraza del palacio. Desde ella se goza, según parece, una vista maravillosa.

Y á fin de poner coto á las expansiones paternas, dirigióse resueltamente á la puerta que daba á la escalinata. La Marquesa se levantó, indicando el camino á Moulinet y siguiéndola las demás personas. Clara iba la última, preocupada y como presintiendo una catástrofe. En el momento de salir, cuando ponía ya el pie en el primer peldaño, encontróse frente á Atanasia, que cautelosamente apartada del grupo volvía al salón. Retrocedió la señorita de Beaulieu, y ambas jóvenes se miraron; Clara, con sorpresa interrogante; Atanasia, con alarmada seriedad.

—Quedémonos aquí, si quieres,—dijo la señorita Moulinet dando un paso hacia el salón.

—Como gustes,—contestó Clara con repentino sobresalto.—¿Tienes que hablarme?

Segura ya de que la crisis que presentía era inminente, recobró Clara toda su enérgica sangre fría. Irguió el admirable cuerpo, y dueña de su cabeza, segura de su corazón, esperó con soberbia confianza el ataque que sabía iba á dirigirle su implacable enemiga.

—No sabes el placer que tengo al verme sola contigo,—dijo Atanasia sin contestar á la pregunta de la señorita Beaulieu.—En los dos años que estamos separadas he reflexionado mucho y visto mucho, adquiriendo alguna experiencia y modificándose extraordinariamente mis sentimientos. Así, pues, aunque antes no éramos precisamente buenas amigas...

—Pero...—dijo Clara frunciendo el ceño y con ademán de altiva protesta.

—¡Oh! ¡No lo niegues!—exclamó vivamente Atanasia;—yo no te amaba. Tenía celos de tí. Ahora lo puedo decir, porque mi elevada posición me da derecho á ser franca sin parecer humilde. Instintivamente, sin embargo, te admiraba, y mi aspiración más constante consistía en ser igual á tí.

—¡Igual á mí! ¡Gran Dios!—contestó Clara con amarga sonrisa.—¡A mí, que soy

tan poca cosa! Pero si tú eres mucho más que yo; te lo aseguro. Júzgate más equitativamente. Belleza, elegancia, lujo; todo lo tienes...

—Todo, es verdad,—dijo fríamente Atanasia;—excepto un nombre.

—Pues bien,—replicó Clara con naturalidad;—en los tiempos que corren, un nombre se compra. Los hay de todos precios; pequeños, medianos y grandes; por consecuencia, si te empeñas en ser noble, puedes escoger, puesto que tus medios te lo permiten.

—En efecto,—respondió Atanasia procurando no alterar la voz que la cólera empezaba á estremecer.—Justamente se trata en estos días de mi matrimonio.

—¡Ah! ¡Magnífico! Te felicito sinceramente.

—Más que felicitaciones, espero de tí otra cosa.

—¿Qué?—preguntó Clara admirada.

—Un consejo.

—¿Un consejo? ¿Sobre qué?

—Sobre la elección que voy á hacer.

—En verdad que me adulas. ¿Pedirme consejo sobre tus asuntos de familia? Te aseguro que es ponerme en un compromiso. ¡Nos conocemos tan poco! ¿No podrías prescindir de mi opinión?

—¡Imposible!—contestó gravemente Atanasia.

—No te comprendo bien,—replicó Clara turbada.

—Escúchame atentamente, porque el asunto vale la pena. El enlace de que se trata es para mí un gran casamiento, muy superior á mi condición social, y que sobrepaja mis esperanzas. Trátase de que adquiera una corona...

—¿Real? — preguntó Clara intentando sonreír.

—No; ducal solamente,—contestó Atanasia mirando fijamente á los ojos de su rival. Seré duquesa.

Al oír estas palabras se estremeció la señorita de Beaulieu, creyendo que se desgarraba un velo que cubría su alma. En un instante adivinó lo que hacía tanto tiempo que le ocultaban sus parientes. Ni un momento dudó que se trataba de Gastón. Su alejamiento, su silencio, todo se lo explicó, é inmenso dolor se apoderó de ella, inundándosele de sangre el corazón, mientras su rostro se ponía lívido y espiraba en sus labios doloroso suspiro.

Atanasia presenció este brusco cambio con furiosa alegría, gozándose en los tormentos de Clara. Observó con embriaguez los desordenados latidos de sus sienes, regocijándose sobremanera el placer de devolver de una vez á la orgullosa joven todas las humillaciones que le había hecho sufrir durante un cuarto de hora. Viéndola inmó-

vil y helada, temió que se iba á desmayar y á escapar así de su venganza. Tenía que decirle aún la segunda mitad de su confidencia.

—¿No me preguntas el nombre de mi novio?—dijo á Clara, que continuaba con la mirada fija, zumbándole los oídos y casi sin poderse sostener.

—No,—balbuceó la señorita de Beaulieu sin saber lo que decía y sumida en dolorosas reflexiones.

—Sin embargo, es preciso que lo sepas, y mi deber es decírtelo,—replicó Atanasia.

Y dejando trascurrir un momento, como para escoger el sitio donde había de herir, añadió:

—Es el Duque de Bligny.

Clara esperaba el golpe, no quedándole ilusiones acerca de la traición del Duque; pero el nombre de Bligny, que debía ser el suyo, pronunciado por Atanasia le estremeció dolorosamente. Continuó inmóvil, sin atreverse á hablar, por temor á la alteración de su voz, con las manos trémulas, la boca seca y los ojos hundidos, apurando hasta las heces el amargo cáliz de la desilusión.

—El Sr. de Bligny es pariente tuyo,—continuó Atanasia, exasperada por la sombría impasibilidad de su rival,—tu amigo de la infancia: hasta se ha llegado á hablar de proyectos de unión entre vosotros. Comprenderás ahora por qué tenía empeño en

venir á decirte con lealtad lo que ocurra y consultar tu opinión.

En las palabras falsamente generosas de Atanasia vislumbró la señorita de Beaulieu un rayo de esperanza. Acaso el asunto no estaba tan adelantado como quería hacer creer. Esta idea la reanimó, resolviendo defenderse hasta el último extremo.

—¿Consultar mi opinión?—dijo.—¿Sobre qué?

—Sobre la verdadera situación del Duque respecto á tí,—contestó Atanasia con aparente ingenuidad.—Comprendes, sin duda, que si fuera cierto que había entre vosotros promesa de casamiento, podrías acusarme de haberte robado el futuro esposo. El Duque ha pedido mi mano, pero no le amo; apenas si le conozco. Tanto me importa él como otro... Vamos, pues... Sé franca conmigo. ¿Le amas? ¿Te incomodará que se case conmigo? Aunque sólo te desagrade, dímelo, y me comprometo á que fracase.

De confesar Clara valientemente su amor, acaso Atanasia se hubiera permitido la gran satisfacción de echarla de generosa, renunciando á sus ambiciosos ensueños para anadar mejor á la señorita de Beaulieu. El destino de ambas jóvenes iba á decidirse en un segundo; pero de cuanto la señorita Moulinet le había dicho, no retuvo Clara en su memoria más que esta frase: «El Duque

ha pedido mi mano.» Ardiente rubor cubrió su semblante, y resuelta á morir antes que confesar su amor al Duque, pudo, por un milagro de voluntad, sobreponerse á su dolor y conservar la aparente tranquilidad.

—Muchas gracias,—dijo con fría sonrisa;—pero puedes estar segura de que yo no soy mujer á quien se abandona ó se desdenea. Si el Duque estuviera comprometido conmigo, no creas que se casaría con otra. No. En la niñez, y siendo primos, es cosa corriente que la familia los haga novios y los case entre dos sonrisas. Estos son juegos de la infancia; pero con la edad se desarrolla la razón, y las exigencias de la vida echan por tierra todos estos proyectos. ¿Dices que el Duque ha pedido tu mano? Pues cástate. Sensible sería que fracasara esta unión, porque sois dignos el uno del otro.

Palideció Atanasia al escuchar el insulto contenido en la última frase. Clara se vengaba con pocas palabras de cuanto le había hecho sufrir. Miráronse con sonrisas mortales, porque entre aquellas enemigas tenía la lucha formas de exquisita cortesía. La batalla era á alfilerazos, y con alfileres de oro, que penetraban en la carne agudos y peligrosos como puñales; combate de abanicos, movidos con la sonrisa en los labios, pero cuyos pérfidos movimientos eran insultantes como bofetones; guerra de mujeres, de ataques calculados con refinada perfidia, y en

la que la victoria, disputada con ardor, debía dejar á los dos adversarios cruelmente maltratados.

—Quedamos en que este casamiento en nada te contraría,—repitió la señorita Moulinet, vertiendo en las heridas que había hecho el más sutil veneno.—¡Qué feliz me haces! ¡Figúrate qué dicha! ¡Ser parienta tuya! ¡Igual á tí! Ahora de verdad, ¡y además duquesa!

—¡Cuanto mereces!—contestó Clara con profunda ironía.

—Permíteme que te bese,—exclamó Atanasia arrojándose al cuello de Clara y cogiéndola como si quisiera morderla.

La señorita de Beaulieu dejó que Atanasia le diera en la mejilla el beso más hipócrita que ha dado mujer alguna. Mirando después gravemente á Clara, dijo:

—Ya sabes que tienes en mí una adicta y sincera amiga.

Aun le quedó fuerza á Clara para responder:

—Me acabas de dar la prueba.

Y no pudiéndose sostener en pie, se dejó caer en un sofá. Por fortuna, la Baronesa, alarmada por no ver aparecer á las dos jóvenes, y sospechando alguna perfidia de Atanasia, fué á buscarlas. Entró, y al ver de una ojeada á Clara pálida y abatida, y á Atanasia de pie y arrogante, comprendió lo que había pasado.

—¿Qué hacéis aquí—dijo—encerradas las dos desde hace media hora?

Y, acercándose á Clara, añadió con ansiedad:

—¿Qué ocurre?

La señorita de Beaulieu no respondió. Con desconsoladora mirada indicó á su rival, que se ajustaba los guantes como duelista que acaba de matar á su adversario. Esta mirada suplicante de socorro sacó fuera de quicio á la Baronesa. Sintió que le subía la sangre á la cabeza; sus pequeñas orejas se pusieron rojas como fuego, y dirigiéndose á la señorita Moulinet con gesto de amenaza, le indicó la puerta empezando esta significativa frase:

—Vas á irte...

Con gran serenidad interrumpió Atanasia la injuria, teniendo derecho á que pareciera que no la había comprendido.

—Sí, me voy... á reunir con mi padre en la terraza.

Volviéndose hacia Clara añadió:

—Hasta ahora.

Y sin apresurarse, para hacer comprender que abandonaba victoriosa y por voluntad propia un campo de batalla que le pertenecía, salió.